

## Cuentos & Cuentistas

### Isak Dinesen, una dama europea en la sabana africana

*Bartolomé Leal, desde Santiago*

Hace varias décadas, cuando puse un pie temeroso en África, más precisamente en Kenya, pregunté a mis amigos por los libros imprescindibles para entender ese país que me maravilló. La recomendación vino unánime: tienes que empezar por leer *Out of Africa* (África mía), las memorias de la baronesa Karen Blixen. “¿Y quién fue esa ilustre dama?”, pregunté en mi ignorancia. “Pues la esposa de un colono que poseyó una hacienda de producción de café”, recibí en respuesta. “Inglesa, presumo”, seguí desplegando ignorancia. “Pues no, danesa”. “¿Y qué más hay que leer?”, inquirí, poco convencido. “Pues a Hemingway y sus *Nieves del Kilimanjaro*. También está Elspeth Huxley, otra granjera, inglesa, que escribió *The Flame Trees of Thika*.” “Puros colonialistas. ¿No hay autores kenyanos?” pregunté escandalizado. “Algunos”, fui ilustrado. “Ngugi wa Thiongo, Meja Mwangi y otros nombres impronunciables”.

Tiempo después, en una conferencia en la Universidad de Nairobi, escucharía las opiniones poco amables de Ngugi acerca de la baronesa Blixen y su libro *África mía* (1937), que calificaba de “peligroso”, por la imagen idílica que daba del país, sumido según él en la miseria, la ignorancia y la injusticia. Tendí a estar políticamente de acuerdo con Ngugi (poderoso narrador, entre paréntesis). Pero a leer el libro de la Blixen, caí embriagado por la belleza de su prosa y su inteligente percepción de ese país extraño y exuberante, hosco y cariñoso a la vez. Recibí un conjuro que se hincó en mi subconsciente, una influencia que ha permanecido viva en mi pequeña obra literaria.

Para Karen Blixen (1885-1962), todo en Kenya se volvía éxtasis, desde los niños enfermos a la tierra rojiza, desde los pichones de búho a las acacias retorcidas. Pero como buena aristócrata, era una aficionada a la caza, que en Kenya practicó por razones sobre todo humanitarias: contra el león o el elefante que tanto daño hacían a los modestos granjeros. ¡Qué contraste con Hemingway, que llegó allá a matar elefantes y leones por deporte! Ulteriormente supe que en 1954 el premio Nóbel de Literatura le fue concedido al norteamericano y que Karen Blixen, más conocida como Isak Dinesen (seudónimo masculino, para su obra europea), había sido descartada en la oportunidad.



Isak Dinesen se proclamaba una cuentista neta. En su plantación de café en los extramuros de Nairobi, cuando estaba casada con su primo el barón Blixen, la escritora empezó a escribir cuentos que le gustaba narrar a sus amigos y conocidos, hasta que quedaba hablando sola, según relata en sus memorias. Por cierto, la inspiración principal provenía de su compatriota Hans Christian Andersen, el celebrado autor de cuentos para niños del siglo XIX. El primer libro de la Dinesen se tituló *Siete cuentos góticos* (1934), una colección de textos que serpentean lo fantástico, románticos hasta el arrebatado, refinados y exquisitos, plagados de personajes que viven en los limbos ideales de la aristocracia de la sangre o la belleza física.<sup>1</sup>

El libro fue proclamado obra maestra por la crítica en Inglaterra y Estados Unidos, pero en Dinamarca fue recibido con displicencia, reprochándosele su exotismo y –en todas partes se cuecen habas– su distancia de las corrientes vigentes en los círculos literarios del país. Los relatos se ambientan en la Europa de la nobleza en los siglos XVIII y XIX. El cuento “La inundación”, narra la noche pasada en una balsa por cuatro naufragos, que se narran sus vidas mientras esperan que los rescaten. En “El anciano”, un noble danés viene una pasión con una prostituta francesa, con la cual tiene después un encuentro de ultratumba. Un cuento de rara perfección. Como en muchos otros relatos de la Blixen, una historia lleva a la otra, ya que “El mono” se apoya en una breve mención del personaje principal en otro cuento. “Los soñadores”, también incluido en este

---

<sup>1</sup> *Siete cuentos góticos*, Luis de Caralt Editores, Barcelona, 1959.

volumen, fue señalado por Cortázar como uno de los mejores cuentos jamás escritos, en un clásico ensayo sobre el tema.<sup>2</sup> Vargas Llosa fue más allá y declaró al volumen completo uno de su libros favoritos en *La verdad de las mentiras*.

Los *Cuentos de invierno* (1942) se aproximan al folklore nórdico.<sup>3</sup> El libro tuvo el mérito de transformarse en símbolo de la resistencia cultural contra la arremetida de las tropas nazis, que ocuparon Dinamarca. Versiones clandestinas circularon entre los soldados que combatieron a Hitler. Son textos de alto vuelo lírico, como el magistral “El pez” (ver nota 2). Su postrer gran libro de cuentos fue *Ultimas historias* (1957).<sup>4</sup> Los relatos están ambientados en la zona mediterránea y tienen una onda entre nostálgica y optimista. Lo más importante es que la Dinesen lleva a culminación su concepto del cuento como una forma superior, que no se limita el relato de un suceso relevante, o de un conflicto entre personajes, o de un episodio de la vida, sino que trata de ser un vehículo para transmitir un mensaje, entre filosófico y ético. Y este mensaje es a menudo gélido, amoral, distante. Provoca verdaderos escalofríos. Todo el sufrimiento de su existencia, vista con un desapego aristocratizante, toda su frustración de madre y amante, quedan reflejados en estas historias. Hay que señalar que un episodio pavoroso de su vida fue haber contraído la sífilis, contagiada por su propio marido, el altivo barón Blixen.

Su filosofía, de difícil captura, es en todo caso una grande confusión de religión y materialismo, de panteísmo y narcisismo, de racionalismo e intuición, hasta el punto que si bien uno sucumbe ante su exquisitez, se lamenta de tanta decadencia, tanta demencia, tanta frialdad. Un mundo de curas deformes o tartamudos, de artistas mutilados, de aristócratas blandos y estériles, de mujeres sublimes que de pronto sufren enfermedades mortales, de niños con destinos implacables, de nobles damas admirables pero de estaturas gigantescas, de ricos jóvenes suicidas, de marinos antropófagos...

Debo reconocer, sin embargo, que “La segunda historia del Cardenal”, recogida en su último volumen de cuentos, es de lo más terrible y perfecto que he leído en cuento; nunca ha dejado de conmoverme, en sucesivas lecturas. El relato se halla además maravillosamente estructurado, con tres narradores: un primero omnisciente (la autora),

---

<sup>2</sup> Se puede leer en [www.ciudadseva.com](http://www.ciudadseva.com)

<sup>3</sup> *Cuentos de invierno*, Alfaguara Editores, Madrid, 1986.

<sup>4</sup> Hay una notable traducción hecha por el novelista José Donoso, titulada *Historias del Cardenal*, Editorial del Nuevo Extremo, Santiago, 1958.

que conduce la trama y delega en un segundo narrador (el Cardenal), que es sucesivamente externo e interno a la historia; el cual recrea lo contado por un tercero (un cura). Todo para llegar a un final sobrecogedor, que se resuelve en una frase.

Personajes como el Cardenal o la diva operática Pellegrina Leoni, recurrentes en algunos relatos, se hallan entre sus más memorables personajes. A beneficio de inventario, menciono que entre los más famosos cuentos de la Dinesen se halla “El festín de Babette”, historia de una chef que logra, en una memorable cena, consumir sus anhelos creativos. Forma parte del volumen *Anécdotas del destino* (1958), al igual que “Una historia inmortal”, adaptada al cine por Orson Welles.

No sonará muy inteligente lo que voy a decir, pero hay que ser viejo y haber sufrido bastante, o al menos algo, para apreciar en su integridad a la gran Karen Blixen. Como lo dice uno de sus personajes: “¿Tú sabes qué es lo que se compra caro, se ofrece barato y todos lo rehúsan? La experiencia de los ancianos...”.



## El papagayo

(Minicuento de Isak Dinesen, tomado de *Africa mía*)

Un día un viejo armador danés recordaba su juventud y especialmente una noche pasada en un burdel de Singapur con los marineros del barco de su padre. Tenía dieciséis años. Una vieja china con quien se había entretenido a charlar, sabiendo que venía de lejanos países, le llevó a ver un viejo papagayo: dijo que se lo había regalado hacía muchísimo tiempo un amante que tuvo en su juventud, un aristócrata inglés. Si es así, pensó el muchacho, tendrá por lo menos cien años. El papagayo sabía decir varias frases en todos los idiomas del mundo, frases aprendidas en el ambiente cosmopolita local. Pero, antes de regalárselo a su amante, el aristócrata le había enseñado algo que ni la vieja china, ni ninguno de los visitantes del local había conseguido comprender. Hacía ya muchos años que la vieja dejó de preguntar a nadie. Pero el muchacho venía de muy lejos y acaso se tratara de palabras de su idioma y, de ser así, podía traducirlas. Profundamente y extrañamente emocionado por aquella petición, el muchacho, mirando al papagayo, a la sola idea de oír una frase en danés pronunciada por aquel horrible pico, sentía deseos de huir. No obstante, se quedó únicamente por complacer a la vieja china. Pero cuando oyó la famosa frase, se dio cuenta de que se trataba de griego clásico. El pájaro pronunciaba las palabras muy lentamente, y el muchacho sabía bastante griego para reconocerlo. Eran versos de Safo:

*Se ha puesto la luna,  
se han puesto las Pléyades.  
Es medianoche y la hora pasa,  
y yo estoy aquí, sola.*

La vieja, cuando oyó la traducción, chasqueó los labios, frunció los pequeños ojos oblicuos. Luego se lo hizo repetir y asintió con la cabeza.